



LA CULTURA PORTUGUESA  
ENVUELVE LA CIUDAD



?

**Directores**

?

?

**D**urante poco más de dos años, Portugal fue mi casa. No todo Portugal: sólo un par de bares y restaurantes de A Portagem, la mayor parte del tiempo, y el Pau de Canela, de Santo António das Areias, donde cocinan el mejor bacalao dorado del mundo. Había, sigue habiendo, dos ventajas: es una República y es una hora menos. El teléfono móvil dejó de avisarme cuando dejábamos atrás los puestos fronterizos: ahora se llena de mensajes de bienvenida y yo echo de menos ese silencio por el que las telecomunicaciones, tan extrañas, sabían que yo no era ya una forastera.

He vivido en La Raya. Podría decir que Badajoz es también La Raya, pero eso no es cierto. Allí los portugueses siguen siendo los otros. El sentimiento de comunidad se da sólo entre la gente que ha vivido junta y se ha necesitado por igual: para pasar café y harina en los tiempos del contrabando o para construir unas Casas de la Duda, mitad españolas y mitad portuguesas o ni se sabe. Para casarse entre ellos, ir a comprar pan, hablar un idioma propio, participar de todas las fiestas.

He ido a Lisboa muchas veces y me sigo perdiendo en sus calles. No conozco Oporto y tardé mucho en enterarme de que allá ése no es su nombre. Conozco bien algunos pueblos: Marvão, Portalegre, Castelo da Vide, Elvas. He hecho reportajes de las pousadas de Sousel y Vila Viçosa. Escucho fado cuando me apetece, que es bastante a menudo. He hablado con José Luís

Peixoto –la cara llena de piercings, una belleza serena, el pudor ante la muerte como excusa– y con valter hugo mãe –en minúscula, sí: como él lo escribe– y con sus monstruos, fondo blanco, trazos negros, manchas rojas. He leído a Saramago, como todos. Me he pasado largo rato ante la tumba de Luís Vaz de Camões y me gustan los diálogos entrecortados, los pensa-diálogos, de António Lobo Antunes. Me enamoré de Pessoa antes de la adolescencia y sigo enamorada de él hasta los tuétanos, aunque ahora le ponga los cuernos con Auden. También están Amália Rodrigues, Mísia, Mafalda Arnauth, Madreus, A Naifa, Sara Tavares y la saudade.

No es mucho. Sé que Lisboa es hermosísima y cansada, que siempre que desemboque en una calle irá cuesta arriba; me he reído con A Companhia do Chapitô durante hora y media; he paseado por los pueblos del Alentejo, con un sol blanco y abrasador; puedo nombrar varios platos de su gastronomía y dos o tres bares de A Portagem fueron mi casa durante poco más de dos años. Me avergüenzo de no saber portugués e intento chapurrearlo cuando estoy allí. Pero no sé cómo son los portugueses. Tampoco sé cómo son los españoles.

Y ahora escribo crónicas. Dicen que quien escucha tiene derecho a saber quién le habla y en nombre de qué. Soy periodista. No estoy acostumbrada a escribir en primera persona y, aunque el género de la crónica lo exija, en mi oficio se llama crónica ya a cualquier cosa. No sé en nombre de qué hablo, salvo del desconocimiento. O de un desconocimiento que intenta acercarse y aprender. Sí sé lo que ocurrirá, porque es lo que ocurre siempre: no voy a contar lo que pasó. Sólo lo que yo vi de lo que pasó. Lo que a mí –y a ninguna otra persona más– le parezca relevante. Siempre se adopta un punto de vista, desde luego: sin él, no tendría ningún sentido la honestidad. Por eso me interesa de los otros lo que yo hago: qué defienden, cuál es su manera de ver el mundo, dónde se colocan para contar una historia, qué medios –palabra, sonidos, imágenes, cuerpo– utilizan para lanzar a los demás esa visión sin que rebote, qué compromiso asumen y por qué y cómo.

Eso será lo que intente. Ninguna otra cosa.

## ARTISTAS PLÁSTICOS DE LA RAYA II

Llevo un cuaderno, pero no tomo notas. Nunca he ido a ver una exposición sobre la que tuviera que escribir: o sí, pero hace diez años y no estoy entrenada. Ni siquiera sé qué contar, la primera palabra que se me viene a la cabeza es *colores*. Me enamoro de unas caras: naranja, verde, roja, azul, y de cuatro mujeres fumando que son dos o es una cuatro veces, como las caras son cinco, y a mí me fascinan la que tiene una luna pintada en la frente y la que resalta una argolla plateada en la nariz, miles de pinceladas en los labios, miradas de ojos imposibles porque ni Elizabeth Taylor los tuvo tan violetas y, al lado, el humo difuminado de un cigarrillo, o cuatro, y los pliegues de un vestido gris que se repite. A todos, a los nueve, o a los seis, los ha pintado João Torcazo, del que luego me entero de que fundó Espaço Aberto. Les entrevisté una vez, en una feria de arte contemporáneo, y me contaron que en Portugal hay más coleccionismo privado que en España y mucho menos mecenas institucional. No me sorprende pensando en lo de siempre, que no entiendo de arte, porque era lo mismo que me rondaba la mente antes de llegar a la exposición: que no sé de técnicas ni si algo es bueno, malo o algo más de lo mismo: no distingo un óleo de un acrílico ni conozco las clases de mármol o madera y sólo hace poco que aprendí que los chinos usaban ya la perspectiva en el siglo XI. Es una pregunta que siempre (me) he hecho: cómo, con qué criterios, se sabe si una obra de arte es buena. En esto soy simple: me gusta, no me gusta, aunque sepa que la bondad y el gusto no siempre coinciden y aunque no me canse de decir que el gusto se educa. Las tripas, me digo. Me lo cuentan las tripas o algún tipo de conexión entre la retina y el cerebro. Ellas quieren llevarse a Torcazo a casa para colgarlo en la pared encima del sofá.

Él forma parte, con once creadores más, de la muestra *Artistas plásticos de La Raya II*. Sus obras las promueve Aupex, la Asociación de Universidades Populares de Extremadura, a través del Circuito Cultural Transfronterizo. Ésos son los datos: una institución, un proyecto que apoya el GIT desde hace seis años, un espacio grande dentro del Palacio de Congresos y Exposiciones de Mérida, pintura, fotografía y escultura al lado de edificios hermosos.

El catálogo no le hace justicia: la tinta del papel no es la de los pinceles y, por muy buenas que sean las imágenes, el color de una reproducción siempre será eso: el color deslavado de una copia. Lo compruebo, sobre todo, en el trabajo de Catherine Henke, que escribe en portugués pero que nació en Suiza y que utiliza papel reciclado, con sus arrugas, sus pliegues, sus nudos y sus letras. Lo escrito como soporte de la imagen, pequeñas ventanas contando otras historias: aquí unas piernas, allá un hombre que mira. Como Zenón Labrador, que es extremeño pero del que yo pienso en principio que vive más allá de La Raya porque ha pintado un gallo. Y una máquina de coser. Escenas cotidianas. Su pintura es flotador y aislante, dice Ophelia Rosseti, que es crítica de arte y criadora de gusanos de seda (!), pero a mí esos conceptos se me escapan.

Sigo paseando y sonrío. Sólo hay dos fotografías, de Fernando Serrano. Soy una vaca. Soy un limón. Eso es lo que muestran: una vaca, un limón. Hojas y pasto. Naturaleza en estos tiempos de cambio climático y ecología y vuelta al Ser. También esculpe en acero: se llaman Templos del Agua y me recuerda a Chillida por los huecos.

Sí hay una escultura que entiendo, por lo fácil: una mujer de pechos grandes de embarazada con barriga grande como las de la Prehistoria, la madre tierra, la mujer fértil hecha de madera y no de arcilla. Ésta es reconocible, como la escena que pinta en rosa y azul, colores dulces, María Nieves Martín: una mujer aovillada, un tipo grande —o que se hace grande— presto a propinarle un puñetazo. Hay dos cuadros suyos: el otro es más amable y mucho más sensual, un tango desnudo, un tango erótico, porque el tango es el baile más erótico del mundo, aunque las letras de sus canciones te hagan querer pegarte un tiro. También hay dos pinturas más que me parecen eróticas: cuerpos, o lo que yo adivino que son cuerpos, con unas manchas rojas como regueros de sangre. Debo de tener las hormonas revueltas, siempre pensando en lo único, porque su autora, Cecília Lascas Neto, dice que forman parte de una serie de ocho telas mitológicas que narran la historia de Dédalo e Ícaro, el que quiso volar al sol para estamparse contra el suelo cuando se le derritieron las alas. Reza la leyenda, dice, que Dédalo construyó estatuas animadas. No sé si vemos —si veo— lo que creemos ver: la naturaleza salvaje de

Fernando Vélaz es naturaleza, desde luego, y los hombres de José Manuel Gomero Gil, con esos cuellos largos que miran al cielo, son hombres; y son campo las vallas azules que pinta Manuel Casa Branca o las escenas –Educar, Escalar, Cuidar– de A. Sáxeo, ante las que me paro mucho porque son muy chicas y están cuidadas hasta el mínimo detalle. Hay acrílicos y mármol y madera y acero y barro refractario decorado con esa papilla que se llama engobe y cuya definición acabo de buscar.

El no saber me recuerda que el arte va por caminos –y usa técnicas– que tardaré más de una vida en abarcar.

Mientras tanto, me acerco a todas las obras. Muchas me llegan. Me pregunto por la necesidad de pervivencia: qué hace que el hombre sienta la necesidad de crear desde que comenzó a andar torpemente por el mundo. De dónde la voluntad de domar materiales, de experimentar, de querer contarle al resto lo que vemos justo de la manera en que lo vemos, por qué cada uno busca su mensaje y crea géneros, texturas, híbridos, colores imposibles...

Parte de la respuesta me la escribió una amiga hace años detrás de una postal de Modigliani: “¿No te apasionan la escultura, la pintura, los dibujos...? El hombre no es tan malo...”.

## 21 PROYECTOS DEL SIGLO 21

Cimientos, paredes, tejado. Desde las eternas catedrales góticas y las iglesias románicas hasta los templos japoneses o las pirámides, construir un edificio ha sido un acto de estética y de grandeza. Para Dios o para el poder, que al fin y al cabo son lo mismo. La arquitectura como funcionalidad o como arte. Las ciudades sostenibles y la reivindicación del espacio, la experimentación de las formas y la búsqueda de nuevos conceptos. En la muestra *21 proyectos para el siglo 21: reflejos de la arquitectura portuguesa en la década actual*, me encuentro edificios de líneas puras, muy rectas, que nacen de la tierra o se funden con el mar y en los que la perspectiva del fotógrafo que los retrata nos muestra sólo un aspecto de la obra: el aperitivo para hacer una ruta

buscando todos ellos. Es otro arte, la fotografía: porque ésta no es una exposición de arquitectura. Es una exposición de fotografías que reflejan bibliotecas, centros de interpretación, universidades y hasta estadios de fútbol. Y la mirada, la composición y la perspectiva que tenemos es la que nos transmite alguien –Ana Janeiro– que disparó después de haber buscado un ángulo y una luz determinados y, sobre todo, después de haber decidido qué iba a mostrar y qué iba a quedar fuera del visor: para que lo imaginemos, también.

Son muy jóvenes: se acabaron hace dos o tres años, porque el siglo tampoco hace tanto que comenzó. Me entero de algunos de los nombres del panorama arquitectónico portugués: los que ganan concursos públicos, los que hacen de un edificio un significante. Hay maquetas y hay planos, pero nunca he entendido bien los planos: esos dibujos bidimensionales que pretenden mostrarnos una realidad en tres dimensiones y una idea mucho más profunda. La comunión del hombre –o de lo que construye el hombre– con la naturaleza, el respeto al espacio, una ciudad dentro de otra ciudad, como en el Centro de Artes de Sines, del que sale una pared que creo que son cristales (y lo son: lo dice el texto que acompaña a las imágenes: cristales de escaparates continuos, donde los peatones descubren los temas anunciados y la expresión reflejada de su propio cuerpo).

La arquitectura, descubro, no la entiendo sin palabras. Ni sin imaginación. Me veo en una bodega de Campo Mayor, bebiendo una copa de vino; en las bibliotecas de Tavira y de Viana do Castelo y de Vila Real, espacios hermosos para albergar el saber; me veo encima de una torre preguntando cómo se controlan los caminos del mar en el mar de Lisboa y pisando las maderas del Centro de Interpretación de Santa Clara-a-Velha. Me imagino a los estudiantes del Conservatorio de Música de Vila Real y a los de la Universidad de Aveiro: con sus instrumentos unos, con sus apuntes los otros. Y vislumbro un faro detrás de una palmera en el Faro Museo de Santa Marta. Habría que planear una ruta arquitectónica por la contemporaneidad, como las hay gastronómicas o de vinos. Y pienso en Madeira y en Oporto y en la ocasión que me hará descorchar dos botellas para celebrar una alegría o ahogar la pena de otro.

## SEMANA DEL LIBRO PORTUGUÉS

En mi librería favorita de Badajoz —ahora hay allí un bar—, también mezclaban el jazz y las palabras. Es la *Semana del Libro Portugués* y en las estanterías se suceden los títulos, en su idioma primigenio en muchos casos, traducidos otros. Hay muchos clásicos, aunque sean modernos. Me digo que tengo pendiente desde hace años (dentro de esa lista-de-autores-imprescindibles-a-los-que-no-he-leído-nunca) a Vaz de Camões y a Eça de Queiroz. Los hay que son viejos conocidos: de Pessoa, ya lo dije, me enamoré hace mucho tiempo. De Álvaro de Campos (Baudelaire y Whitman gritando juntos) y Bernardo Soares, sobre todo, y algo menos de los demás. También Lobo Antunes, a quien cantó Katia Guerreiro. Saramago: *El Evangelio según Jesucristo* que le elogió Mailer, *Todos los nombres*, *Ensayo sobre la ceguera*. Diccionarios de viaje, gramáticas. Se venden los de siempre, porque Saramago vende y vende también Paulo Coelho, aunque yo no me lo explique. Ahí está: con sus agendas y sus cuentos y haciéndose rico hablando de peregrinos y Buen Combate. Lo bueno de entrar en una librería conocida es que puedes debatir con los libreros y asombrarte de las novelas que ocupan los primeros puestos en las listas, como si fueran discos de antes. E intentar buscarle una explicación a lo que no encontramos explicación alguna.

Leo títulos de libros. Sí, los conocidos: Saramago, Eça de Queiroz, Lobo Antunes, Peixoto —el de los mil piercings en la cara y el homenaje a Faulkner en el brazo—, Inês Pedrosa, Gonçalo M. Tavares, a quien espero. Y Mia Couto, que es un señor de barba blanca y piel blanca mozambiqueño. Y otros queridos: Jorge Amado, Chico Buarque. Portugués a ambos lados del Atlántico.

Luego están los que no conozco: Gonçalo Cadilha, con un título precioso: *No princípio estava o mar*. José Gomes Ferreira. Camilo Broca. Sólo tengo un libro en portugués, un libro de poemas que me regaló una amiga que vivió en Lisboa, la de la luz amarilla y las cuevas mortales. También a Pessoa le he leído en portugués, cuando ya me lo sabía de memoria, antes de hacerle una foto a un cartel de una Tabacaria como homenaje al poema más hermoso del mundo y a un señor que caminaba de espaldas y de negro con un sombrero negro por entre las calles lisboetas de colores.

Así he ido capturando palabras que me gustan mucho: *malta* (de la que me costó tres años averiguar el significado porque no venía en diccionario alguno. El misterio me lo resolvió la misma persona a la que se la leí, Ángel Campos Pámpano, durante una noche de poesía en San Vicente, hablando de Portugal y de libros: *o que faz falta é avisar a malta*. A la peña, al grupo, a los colegas, la pandilla, los amigos. *Malta*, decía. *Sozinho*. *Brinquendo*. *Devagar*. *Beijinho*. *Gaivota*. *Fica*.

Fica. Como un título de Inês Pedrosa. Como un fado de Mísia.

*Fica comigo esta noite*.

## A OUTRA MARGEM

*El tiempo no ordena las cosas que tenemos dentro. Puede cubrirlas, pero no las cambia de sitio.* Por eso el tiempo no ha ordenado nada. No ha ordenado a Luísa, que sigue enamorada de Ricardo y que quiere tenerlo dentro de ella siquiera una vez más, acaso para olvidar que la dejó plantada en medio de un altar con un vestido de novia hace ya más años de los que sería recomendable para seguir anclada a un recuerdo. No ha ordenado a María, que deseó que su hijo muriera desde que se lo pusieron en las manos por vez primera, al descubrir que no era como el resto de los niños, que tenía la cara regordeta y achinada de quienes sufren síndrome de Down; al pensar que los médicos se habían equivocado, porque aprendió a hablar y ya se vale por sí mismo, aunque ese pensamiento le durara poco; al darse cuenta, también, de que ya no depende él de ella, que quizá él nunca ha dependido de ella tanto como ella de él, tanto como María precisa de su hijo, de Vasco, para vivir su vida en función de otra persona, en función de otro hombre que la llama bonita con ternura, porque ya no hay más hombres en su vida desde que el padre de Vasco la abandonó porque no quería hipotecarse con un deficiente.

El tiempo tampoco ha ordenado a Ricardo, el enamorado de Luísa, que es la mejor amiga de María, que es la hermana de Ricardo. No lo ha ordenado, pero al menos le sirvió para descubrir qué es. Ricardo se fue a Lisboa. Huyó. Huyó para poder asumir que no le gustaban las mujeres y que estaba

cómodo travistiéndose después del rechazo inicial a trabajar como drag queen. Y no lo ordenará hasta mucho tiempo después, porque su amor muere, su amor se muere, y él quiere morirse de amor y quiere suicidarse y eso lleva a María a Lisboa, la misma hermana que no le ve desde hace trece años. Pero la llevará después, cuando del amor de Ricardo sólo queden cenizas y ni siquiera los padres de su amor quieran esa prueba de la existencia y la muerte de su hijo, porque su hijo ya murió cuando los abandonó para ser un maricón de mierda. Y, como el tiempo no lo ordena, allí está Ricardo, en un hospital, lleno de tubos, sin conseguir marcharse porque el tiempo ha de seguir cubriendo las cosas que tenemos dentro, aunque no las cambie de sitio.

A su padre le pasa lo mismo. Al padre de Ricardo y de María, que descubre asombrado que su nieto Vasco está enamorado de Luísa y que su hijo no acudió al entierro de su madre porque se enteró cuatro meses después. Es cierto: cuando te vas, dejas de enterarte de lo que ocurre en tu propia casa. Los hermanos lo saben: que el dolor no ha desaparecido para su padre, que está solo pero que tiene un cerdo y entonces no está solo y que quiere quedarse con Vasco para que le haga compañía y, quizá, para que su madre, su hija, pueda comenzar a vivir sin vivir a través de un niño de trece años que tiene síndrome de Down.

A mí me enternece ese padre rudo que no quiere ver a su hijo porque la verdad le destroza la cabeza y la verdad es que su hijo se enamoró de un hombre, que podría haberse enamorado de todos los hombres del mundo pero jamás de una mujer, por mucho que se acueste con Luísa por amor, por el amor que le tuvo un día y porque ella se está quedando seca. Tampoco los hermanos se enteran de lo que les ocurre a esos hermanos a los que no ven desde hace más de una década pero que acuden cuando el otro ha intentado matarse para ver cómo pueden, ahora después de tanto tiempo, incorporarlos a su vida.

El tiempo sí que ha ordenado a otros dos personajes, o lo hará. A Carla, que es una mulatona impresionante. A Carla, peluca rubísima, en cuyo carné de identidad sigue poniendo Luís, pero que ahorra para pagarse la operación y que es la encargada de contarle a una María perdida que le habla en masculino a un transexual quién es su hermano, o quién ha sido su hermano Ri-

cardo durante los últimos trece años. Y ha ordenado a Vasco, que ha crecido y que trabaja en un gimnasio de cara a las chicas a las que quiere ver bailar porque le gustan todas, aunque confiese su amor por Luísa y que se volverá independiente del todo cuando su tío Ricardo salga con él por las noches, lo lleve a las discotecas, le dé un cigarro para que lo mantenga en la mano sin encenderlo y le plantee que podría vivir en Lisboa porque allá hay un grupo de teatro de niños como él. Vasco se viste con toallas porque quiere ser actor. Y repite diálogos de películas en blanco y negro. Y declama. Y lo dice: que no quiere ser músico, que quiere ser actor.

Cuando conocí el título de la película y salió Ricardo vestido de Vanesa, cantando con esos labios rojísimos, pensé que su director, Luís Filipe Rocha, hablaría sólo de los que están en esa otra margen. De esa marginación que existe a pesar de Wilde, Proust, Aleixandre, Wittig, Butler, Preciado, Sáez, Lorca, Cernuda y toda la teoría queer. Luego me di cuenta de que su discurso es otro: que todos –los gays, las personas con discapacidad, los transexuales, los ancianos, las madres solteras, las que siguen solteras, los rurales– copamos esa periferia que está al margen. De todos ellos habla. De nosotros. No hay un solo hombre poderoso en toda la película: ni un mínimo personaje secundario que sea varón, joven, blanco, heterosexual. *El tiempo no ordena las cosas que tenemos dentro*, explica María. *Puede cubrirlos, pero no los cambia de sitio*. Ya no sé si hace falta sólo tiempo, mucho más tiempo, para que se ordenen las cosas de fuera.

## IBERIA. LA LOCA HISTORIA DE LA PENÍNSULA.- PERIPÉCIA TEATRO.

Peripécia, con tilde donde no le corresponde en español es, por supuesto, una compañía portuguesa. Llego con tres cuartos de hora de antelación, caminando por calles que no conozco, poniendo a prueba un sentido de la orientación –el mío– que dista mucho de ser fiable, pero que al final siempre llega con tiempo, más que nada porque su propietaria –aunque quizá sería mejor decir que él me domina a mí– siempre piensa que va a perderse. Me meto en el primer bar que veo: sólo hay hombres, a mí eso me enternece, me parece que estoy transgrediendo una norma, porque en un bar en el que sólo

hay hombres entra una mujer que se sienta sola en una mesa, saca una libreta y una pluma y se pone a escribir, que es la mejor manera que conoce de que vuelen los minutos.

No sé portugués, más allá de unas pocas palabras, y la única compañía portuguesa que he visto en acción ha sido O Chapitô, en castellano, durante el Festival de Teatro Clásico de Mérida: *O grande criador*, magnífica, la historia de Dios en hora y media en la que no paré de reírme. Ésta, supongo, será por el estilo. Se llama *Iberia. La loca historia de la Península*, así que debe de ser, me digo, igualmente loca, aunque usen otros recursos expresivos. No lo sé: no conozco a Peripécia y tampoco sé el tipo de teatro que se hace en Portugal.

Ya estoy sentada, tomando notas. Portugal, dicen, es el regalo de un rey castellano a un duque francés. Son tres actores: Ángel Fragua, Noelia Domínguez y Sérgio Agostinho. “Al colocar en escena a tres actores de dos nacionalidades diferentes, surge una cuestión: ¿por qué razón estamos aquí, en este escenario, dos españoles y un portugués? ¿Qué nos llevó a coincidir en este mismo espacio? No nos parece fácil explicar este mestizaje”. Eso han contado en el programa y, por eso, a nosotros nos harán dar un paseo por todas las guerras: se ayudan de telas, spray, plumeros, cubos, cantimploras, bolsas, plásticos. La historia comienza en el siglo XII. Nos cuentan todas las veces que portugueses y españoles se alzaron en armas, contra ellos mismos, contra los musulmanes. Algunas, “por motivos familiares”: ¡por una simple cuestión de cuernos! El público sigue entrando en la sala. Los actores se paran: “Pasen, pasen, vengan, hay sitios libres: ¿ya apagaron el móvil?”. Yo soy de las que piden silencio en el cine durante los anuncios de promoción de las películas, así que imagínense lo que me molestan los tardones. Pronto olvidamos, porque hacen que tres personas del público cojan cantimploras para recrear el sonido del río. Y se transforman en espadas: “¿Tú hablas con tu espada?”, le pregunta un rey al otro: “Cuando estoy deprimido”. Por supuesto, también hablan de Fátima. Pincelan mil hechos.

Y, de pronto, la que será mi escena favorita de la obra: una suposición jocosa de cómo se escribió *El Quijote*, con un Cervantes manco encarcelado que encuentra a una musa muy particular y que conoce, por supuesto, a Luís Vaz

de Camões y una Dulcinea del Toboso que se transforma en Inés de Castro, la desdichada amante de Pedro I de Portugal, casado legítimamente con Constanza Manuel de Castilla, a la que desflora, en la obra, literalmente, con un anillo. Hablan de la leyenda de Doña Inés: de cómo el padre de Don Pedro, Alfonso IV el Bravo, la mandó asesinar para que sus hijos no llegaran al trono, y de cómo cuentan que Don Pedro la subió allí una vez muerta para que los súbditos le rindieran pleitesía. Ah, las intrigas palaciegas, siempre tan apasionantes, que se muestran con sangre roja en un pañuelo –un spray hace milagros– y un ataúd que es el cuerpo de otro actor. La imaginación lo puede todo, me digo. Puede evocar todo.

Cervantes sigue hablando. Cervantes nos contará también no sólo la historia de ese caballero loco, sino la de Viriato, además, y la de Numancia, “una tragedia bellísima, pero que nadie lee”. Como ocurre, ay, con tantos clásicos.

Nos reconocemos. En la historia de los tres pastorcitos que vieron a la Virgen en Fátima. En la cotidianeidad de hacer el pan. En las tres carabelas que llevan 33 días sin ver tierra “por culpa de Colón” y hasta en Adamastor nos reconocemos. Adamastor, que aquí es un gato y no el gigante que inventó Vaz de Camões. Y en el Tratado de Tordesillas, con sus protagonistas haciendo pis –João II, Fernando de Aragón y el papa Alejandro VI– y repartiéndose el Nuevo Mundo como si no ocurriera nada más allá de las fronteras. Aunque, de pronto, muchos siglos después, estamos en el cielo, viendo pasar personajes: a Don Sebastián, que se perdió de joven en una batalla y no dejó sucesor; a Franco y Salazar (“nunca me gustaron estos dos”) y a esta portuguesa, Amália, “siempre cantando”.

Han usado mimo, palabras en portugués –algo me he perdido, lo confieso– y en español, plumas para escribir obras inmortales. Se han disfrazado, han remado, se han cubierto de harina para hacer pan y, durante hora y cuarto, nos han contado a su manera, jocosos, emocionados, qué ha ocurrido en la Península que ha sido tan loco: poesía y novelas, guerras, amores, traiciones, conquistas, cuernos, alianzas, aventuras. Como esa peripecia de la que hablaba Aristóteles y que ellos nos recuerdan en el programa de la obra: “Cambio súbito o imprevisto de situación, giro o vuelco de la acción”. Patrice Pavis también lo explica: “Es el momento en que el destino del héroe toma un camino

inesperado, es el paso de la facilidad a la desgracia o viceversa”. Ha habido muchas peripecias en este rato de teatro y muchos héroes: ellos haciendo de ellas, ella haciendo de otros ellos.

La historia puede verse de otro modo: con mucha distancia encima de un escenario. Con la distancia justa para reírte de las causas por las que se declaraban guerras; o de los matrimonios amañados por razón de estado y territorios, esas parejas infelices que luego eran capaces de dejar a mil hijos ilegítimos pululando por la Tierra, que intentaban reconocerse como herederos en cuanto sabían de la sangre de su ilustre padre rey. Estos actores de Macedo de Cavaleiros, distrito de Bragança, nos han propuesto un espectáculo que usa mucho el gesto, la mímica, el cuerpo, las miradas... No es mal motivo para comenzar este *Ágora Escena*: hacer un repaso por los grandes nombres de la Historia de esta piel de toro.

De la Historia, de las leyendas y de las creencias. Porque esos pastorcitos que nos han acompañado durante buena parte de la obra, de pronto, se vuelven colinas. Y allí está, cubierta con un velo y con expresión beatífica, la Virgen de Fátima. Y un fin.

## KATIA GUERREIRO

No me gusta la bossa nova. La aguanto un ratito nada más. Dos o tres canciones: nunca un disco entero. Como escuché bossa antes que fado, pensé que el mercado anglosajón había acabado con mi capacidad para reconocer, para hacer mías, músicas en otro idioma que no fueran el propio y el inglés. Luego me di cuenta de que no. Descubrí el fado en ese trozo de España que está en África y que se llama Melilla. Primero llegó Mísia. Luego las demás, todas mujeres. Amália Rodrigues, Mafalda Arnauth, Mariza, Dulce Pontes, Lucília do Carmo. Después, otros modos de hacer música: Madreus, Cesária Évora, Rodrigo Leão, A Naifa, Sara Tavares. La última vez que estuve en Lisboa, un taxista me riñó porque los españoles sólo conocemos a Amália. La razón del disgusto me la dio en forma de CD con su fotografía frente al mar: él también es fadista. No recuerdo su nombre.

Katia Guerreiro es una cantante atípica que estudió Medicina y que empezó aprendiendo a tocar la viola da terra en las islas Azores. Se unió a la memoria de Amália Rodrigues en el Coliseo de Lisboa en el año 2000: ahí comenzó todo. Después de ocho años, llega a Mérida. Los españoles ya estamos, más o menos, acostumbrados al fado. A un cierto tipo de fado. A la manera particular que tienen muchos de hablar de esta música que es destino, dicen, y el alma de una tierra.

Para mí el fado siempre ha tenido voz de mujer. A pesar del fado de Coimbra, que sólo cantan hombres, no sé por qué razón. A pesar de Zeca Afonso y de Edmundo Bettencourt y de Nuno Correia da Silva y de Carlos do Carmo. Siempre ha tenido voz de mujer y siempre ha sido triste y siempre ha sido irónico. A Katia Guerreiro no la había escuchado hasta este miércoles, su voz clara y de tela, el primer concierto en el que veo a la gente levantarse justo cuando suena el último acorde de la canción de despedida, todos de golpe aplaudiendo durante minutos y volviendo a aplaudir después del bis, alzados de nuevo a la vez como la mejor manera de dar las gracias.

Hay una máquina que echa humo. Salen tres señores, elegantes: una guitarra portuguesa, una guitarra clásica y un bajo eléctrico. Aventan el humo para saludar antes de arrancar los acordes primeros. Será una noche de fados alegres, dedos invisibles en los mástiles y respiración contenida. Yo tomo notas en la oscuridad y me pierdo el momento en que Katia Guerreiro sale al escenario, camisa negra y falda de rombos negra y blanca: tiene muchas faldas, dirá después (¡Y bragas!, gritará su música) y Maria Luisa Batista, poeta que es amiga, le escribió una historia de amor sobre ellas.

Los instrumentos callan y ella canta. Tiene los brazos pegados a la espalda. No canta con las manos, pero mueve el cuerpo y se arquea y se contrae. Luego ya sí: luego danzará. Nos contará, en español, que el fado es el alma de Portugal y nos cantará, en portugués, que quiere morir de amor, plantar unas rosas, que nació para ser gaviota y que por allí suena una guitarra triste que busca un confidente. Todos los fados tienen semejanzas: un ritmo parecido, un cierto sentimiento de haberlos oído antes aunque sea la primera vez. No es una música que sea especialmente alegre, ya lo dijo Amália Rodrigues: “Amor, celos, / ceniza y fuego, / dolor y pecado. / Todo esto existe. / Todo esto es

triste. / Todo esto es fado”. Dicen que la palabra fado viene de *fatum*, destino. Pero este destino nunca es un destino alegre. Para eso están otras músicas.

Katia Guerreiro también habla de amor, de mar y de su tierra. *Porque los portugueses, cuando estamos fuera de Portugal, sentimos mucha saudade* (a la que alguien, allá en Melilla, me definió una vez como la melancolía que produce la nostalgia). Cuando escuche sus discos, después del concierto, me daré cuenta de que en directo sus fados son mucho más briosos y de que el fado puede ser también mudo, porque sus músicos, sin ella, sonido y energía, silabeaban las sílabas de un fado sin letra que es también un vals.

Canta poesía y habla versos. “Es el fado el elemento más importante, hoy, de la cultura portuguesa porque es único en el mundo y porque logra esto que vivimos juntos esta noche: la magia de conocer a la gente que vive las emociones, las más fuertes, y los sentimientos, los más profundos”.

Son tan profundos que comprendo, por vez primera, la diferencia entre un público entregado y uno apático y la corriente invisible que hace percibirlo a quien está encima de un escenario para cantar y sentir y que otros sientan. No sólo ayuda su voz maravillosa. Sus músicos la jalean, como en un concierto de flamenco. No ocurre en el pop, ni en el rock, ni en el reggae, ni en el hard rock ni, por supuesto, en una ópera. Sólo en el flamenco y en el fado, las dos expresiones hondas del sentir de un pueblo. Nos movemos con ella. Nos hace recordar las penas de amor. Nos lleva a la Lisboa que no duerme y a la que quiere dormir y, cuando se despide y se va, sé que es cierto lo que dijo.

*A partir de esta noche, todos y cada uno de vosotros sois fadistas.*

## GONÇALO M. TAVARES

Qual a idade o qualidade. Ése es el juego de palabras que Ana Marcelino, profesora de la Escuela Oficial de Idiomas, elige para hablar de Gonçalo M. Tavares. La edad no se pregunta, dice, pero sabemos que nació en 1970 y que Saramago dijo de él que escribe tan bien que dan ganas de pegarle. Yo le había buscado antes, para entenderle: he escuchado su voz, en una entrevista con

Félix Romeo, en otra con Miguel Mora. Mucho de lo que nos dirá a nosotros ya lo había explicado antes: la fragmentación de su escritura, la lentitud, la distancia que da el tiempo. Yo le había escuchado, pero no le había leído. Antes de comenzar, reviso algunos de sus textos en el cuadernillo que edita el Aula Literaria Jesús Delgado Valhondo de Mérida. Los titula con nombres muy queridos: Hemingway, Gloria Fuertes, Kavafis, María Zambrano, Yukio Mishima, Virginia Woolf.

\*\*\*

Todos ellos habitan O Bairro. Iba a parar cuando escribió *El señor Valéry*, pero después no quiso que Valéry anduviera solo. En el barrio hay casas: unos se mudan, otros aparecen, hay nuevos vecinos. Es su proyecto a largo plazo. El lugar a donde uno puede ir si tiene un acceso de tristeza o de melancolía. Son personajes lúdicos. Están también el señor Kafka, el señor Proust. Casi todos están por escribir, aunque pueblen su cabeza. *Encuentro que al final del proyecto, de aquí a muchos años, quien lea el Barrio podrá tener una idea de la historia de la literatura, pero a partir de ficciones.* Y qué es la literatura, al fin y al cabo: las ficciones que nos explican.

\*\*\*

*Morimos de la infancia cuando por primera vez nos perdemos en la ciudad. Y la segunda vez morimos de amor. Y la tercera, de todo morimos, lo que es morir simplemente.*

Pero Gonçalo M. Tavares no quiere morir. Por eso tiene proyectos en forma de libros, para ganarle la partida a la muerte. *O bairro* es ese proyecto. Y, mientras exista, como en Bergman, esa dama que siega vidas podrá pasar a su lado sin rozarle. Ojalá fuera tan fácil, me digo, hablar del dolor, la enfermedad y la locura y hacer que la muerte no te alcance.

*Controlar la energía no es fácil.*

\*\*\*

*Un filósofo que me gusta especialmente, Kierkegaard, decía que sólo es posible tener una buena vida si tenemos un buen escondite, y que tener un buen escondite es tener una buena vida. Gonçalo M. Tavares se esconde en un país sin mapas. En un barrio que construye como un arquitecto que pudiera acabar con los cimientos de pronto. Tírar una pared, luego otra, añadir argamasa, algún ladrillo, volver a tapiar una ventana y, allí al lado, hacerla más grande para que entre luz. Ya lo avisó: sus libros originales y los que se editan son completamente distintos... No tiene derecho a escribir tan bien con 35 años, dijo de él Saramago también. Lo que escribió con 35 lo veremos quizá cuando cumpla 46. Eso le permite defenderse de lo que va sucediendo a su alrededor. Ganar distancia. No soy lo que me sucede. Nadie es lo que le sucede, pero no todos se dan cuenta.*

\*\*\*

*Decir todo en una frase, ahí reside el valor de quien escribe. Por eso deja hibernando sus libros dos o tres años, cuando puede ya tomar distancia y no verlo como una obra propia, sino como algo que puede modificar para hacerlo cada vez más pequeñito, al modo del padre António Vieira, el jesuita que dijo: “Disculpe por esta carta tan larga, pero no he tenido tiempo de hacerla más corta”. Y sin embargo, son frases evocadoras. Poco denotativas, si se quiere. A pesar de todo, el silencio tiene menos palabras que una palabra. Y todo el silencio es oro si tras él surge la palabra correcta.*

\*\*\*

Gonçalo M. Tavares –pelo rizado, barba, mirada calma y hablar pausado– es un tipo paciente y tranquilo que publica ahora los libros que escribió cuando no era visible todavía. He entrevistado a varios escritores y al final siempre pienso lo mismo: para qué hablar con alguien cuando puedes leerlo. Ya sé: hay quienes quieren encontrarlos cara a cara y en este caso son muchos, porque la planta baja del Centro Cultural Alcazaba se nos queda pequeña y subimos al auditorio. Me gusta escuchar a este hombre que confiesa que leyó y escribió mucho entre los 20 y los 30 y que los libros que está publicando ya pasaron su proceso de maduración y así será con los que está escribiendo

ahora. Me lo imagino desperezándose, un libro en la mano, y dando vueltas, luego, ya vestido, esperando a que abran los cafés. *Me levantaba a las cinco y media y a las siete estaba en mi escondrijo.* Allí leía, allí escribía (¿un café, una pausa para desperezarse, o la fiebre apasionada de los descubrimientos? ¿Qué pasa por la cabeza y el cuerpo de Gonçalo Manuel Tavares cuando escribe?) *Todavía existe el primer día de un vivo.*

\*\*\*

*Como si la Historia de la literatura dejase intervalos, cosas blancas que manchas de tinta bien dirigidas (como las letras) pueden todavía ocupar.* Gonçalo M. Tavares lo intenta. Intenta colarse en los resquicios. Se sienta y piensa: “voy a escribir algo utilizando el alfabeto”, porque los géneros literarios se le caen a uno encima con todo el peso encorsetado de sus estructuras. También les ocurre a otros, que no son capaces de definir qué escriben. Hace mucho tiempo que dejó de haber cuentos, novelas, teatro y ensayo, delimitadísimos: no sólo se crea con el lenguaje. También con las estructuras y con los códigos. Y los códigos son infinitos y, de todos modos, ya el idioma propio nos comprime demasiado porque, y esto lo dijo Wittgenstein, los límites de nuestro pensamiento son los límites de nuestro lenguaje. La única patria que yo conozco es el idioma. Quizá Gonçalo M. Tavares se refiriera también a ella cuando dijo: *La patria es el lugar donde sufro. Y donde a veces bailo. Y es eso.*

\*\*\*

Escribe contra el tiempo. Lee contra el tiempo. Como todos. El tiempo pertenece a la persona que lee y no al libro. Uno puede tardar dos horas en leer el mismo capítulo que a otro le ocupará dos días. *Creamos dioses de la rapidez, pero nunca un dios de la lentitud.* Y atesoramos libros y películas y obras de arte ante los que pasamos deprisa, sin que se posen en nosotros y nos construyan. Antes, el viaje para ver una pintura de la que uno había oído hablar, era también un cuadro. Ahora las hemos visto ya, en reproducciones coloridas o deslavazadas y, cuando las tenemos delante, las consumimos deprisa, para ver otra: otras Meninas, otro monstruo que devora a sus hijos, otro Cristo

crucificado, otra mujer tumbada en la arena y desnuda. *Lo que intento hacer cuando escribo es hacer coincidir con exactitud el acto de pensar con el acto de dibujar letras sucesivamente.*

\*\*\*

Gonçalo M. Tavares reivindica la calma y la paciencia y nos recuerda que los maestros calígrafos japoneses hablan de construir su cuerpo a través del trabajo e invierten días o meses en trazar sólo una letra perfecta. La lentitud que permite aprender un poema. La que logra conformar nuestro peso. *Si una persona lee Crimen y castigo, adquirirá 300 gramos de lucidez. Con La montaña mágica, 400.* El ejemplo es gracioso, pero gráfico: hay que escoger también y bien lo que se lee. *Deleuze habla de un poder, de una fuerza, a la que normalmente se presta poca atención. Dice que hay dos grandes poderes: el poder de tocar e influir a otros y el de tener la capacidad de ser influido. Creo que eso es fundamental: tener la capacidad para recibir, estar atento, ser receptivo, absorber las cosas buenas que están ahí. Es necesario ser fuerte para influir, y es necesario ser fuerte, muy fuerte, para ser influido, para ser receptivo. En cambio, lo que encuentro peligroso y negativo es que alguien sólo esté influenciado por uno o dos autores; yo pretendo que sean miles de autores los que ejerzan su influencia sobre mí.* Y, en medio de todo eso, encontrar una voz propia, una manera original y única de decir lo que ya se ha dicho antes mil veces. Intentando solapar las voces de los otros: que formen parte de uno y lo conformen, pero no lo definan: o no del todo. *Como si en medio de las letras de otros libros existiese todavía espacio para escribir nuevos libros.*

\*\*\*

Siempre me ha fascinado comprobar, también, las relaciones que tejen los escritores. No los vivos con los muertos: ésas las tejemos todos, cuando elegimos, cuando regresamos a algunos de ellos cierta vez, cuando nos aprendemos sus versos o algunas frases de sus libros de memoria, cuando nos sorprendemos citándolos en una barra de bar. Me refiero a esa costumbre de buscarse entre iguales. De formar un grupo. No una generación: los de la ge-

neración quizá ni se conozcan. Más bien una pandilla que surge de la admiración mutua y que luego se transforma en confianza. Gonçalo M. Tavares está unido al nombre de Enrique Vila-Matas, ése que escribió *hay un tierno imbécil bien agazapado dentro de las almas que son mis amigas*. Vila-Matas habla de Tavares: *Es una máquina de hacer literatura*. Hacer literatura no es lo mismo que escribir. Ni siquiera, por supuesto, es lo mismo que publicar.

\*\*\*

*Si la distancia entre nosotros dos es menor que la distancia entre la pierna izquierda y la derecha es señal de que estamos besándonos*. El escritor también es hombre y tiene tres hijos y confiesa que no le gustan las relaciones esclavas. *Si una persona me dice: 'Nunca te abandonaré', pienso con qué persona estoy. No quiero estar con nadie que nunca me abandonará*. Hablamos de eso, más tarde. Al amor hay que dejarlo libre. Pero es difícil: nos educan para un amor posesivo. Para las relaciones para toda la vida. Para no desear a la mujer del prójimo. *No hay un párpado perfecto que cierre el cerebro, lo proteja de la luz excesiva; a no ser el amor*.

\*\*\*

Ha hablado de todo eso: de Oriente y de Occidente, de la paciencia y de la rapidez, de las parejas y de la soledad creadora y del cansancio y de buscar palabras y de lo pequeño. Luego seguirá hablando, negro sobre blanco, usando el alfabeto.

*Comenzaron en ese momento las guerras y los derrotados. Y sin pan y sin reino se quedaron, como siempre, los que perdieron. Los vencedores con las mujeres y con la propiedad, los derrotados con las ideas: discutiendo, escribiendo libros, definiendo conceptos, inaugurando bibliotecas*.

## SEM ORIGEM

Son de aquí al lado. De al lado de donde yo vivo, de Elvas. Muchos de sus miembros habían estado antes en Mérida: para asistir al concierto de Bunbury, por ejemplo. Ahora les toca a ellos. Concierto en el Jazz Bar. Generalmente,

el Jazz Bar programa esa música: jazz. Pero participa con *Ágora Escena* y por sus muros permanecen el fado, por ejemplo, o el rock. Como ahora. Son cuatro. Encorbatados, elegantes. A su modo. No hay una madre que les riña para que se metan la camisa por la cintura de los vaqueros.

Los conciertos en un bar tienen algo más. Algo que no da un escenario, algo que no ofrecerá jamás una plaza de toros: la posibilidad de ver cómo se colocan en el espacio que tienen reservado, poder pedir una copa, acudir con amigos, escuchar cierto murmullo que se vuelve más intenso en los descansos y que nunca es tan alto como las conversaciones que se mantendrán después.

Como todos los grupos, Sem Origem, que tiene un blog que se actualiza muchísimo y muy cuidado, ha sufrido mil variaciones. Llevan catorce años creyendo en la música que hacen y en el hecho —me lo cuenta Roberto Cabral— de llevar el nombre de Elvas allá donde vayan. Kiko, Kikas, Dinis y Luís Penetra son sus nombres de guerra. Kikas es Roberto. Alternan las canciones más lentas con las guitarras poderosas. Cantan, por supuesto, en portugués: de nuevo la barrera del idioma. Ya no para mí después de casi una semana de *Ágora Escena*, aunque entienda, como siempre, el 20 o el 30 por ciento nada más. Me refiero al mercado. A ese mercado internacional que marca que hay que cantar en inglés o haber nacido en ciertos países anglosajones para poder triunfar en cualquier país del mundo, incluso en los que no hablan inglés ni lo hablarán jamás. Se me ocurre que cantar en el propio idioma es, a menudo, también una forma de resistencia. Y de coherencia.

Pensábamos que iba a ser acústico. Los conciertos de rock en acústico, eso que inventó la MTV con sus desenchufados, suelen ser más digeribles. No sé por qué se ha banalizado la música. O quizá es que a la gente no le gusta la violencia que transmiten esas guitarras poderosas. Algunos lo llaman ruido. Pero no es acústico. No hay guitarras acústicas. Sólo rock. Sus componentes tienen otros proyectos: juntos o por separado. Con uno de ellos, Soversion, tocaron en la Sala Mercantil de Badajoz hace bien poco.

Nervios, sudor, un cantante con voz dulce —con una voz mucho más dulce de lo que cabría esperar—: le da un puntito a las canciones (¿de dónde vendrá esa expresión?). Le da un puntito suave que luego, comprobamos, se puede transformar en poderoso, cuando cambien el tempo de los temas: más lento,

más rápido, el in crescendo frenético, los solos de guitarra, el ritmo de la batería, los instrumentos clásicos de una banda de rock. A mí el rock me gusta, me ha gustado siempre: es como una catarsis. Y no hay mejor catarsis que un concierto de rock en un bar, con amigos. La pena es que dura poco: poco antes de las doce, ya están recogiendo. Eso ocurre también en los bares: hay que respetar el descanso de los vecinos. Al fin y al cabo, sólo es jueves. Quedan todavía cuatro días de *Ágora Escena* por delante...

## CLÃ

Un niño de dos años tiene miedo y arruga la carita. Su madre no hace aspavientos: lo mimaa, lo calma y me explica que es la primera vez que visita el Palacio de Congresos y Exposiciones de Mérida y que se ha sentido atemorizado ante ese espacio grande lleno de sillas azules. Del escenario cuelgan telaa de plata y hay vallas con rayas rojas y blancas flanqueando la batería y los teclados. Se llaman Clã y en el programa pone que es un grupo de pop-rock, aunque luego descubriré que, nuevamente, las fronteras se difuminan, porque jamás habría definido yo, a Clã, como un grupo de pop-rock. Tampoco de rock, vale, ni de hard rock, ni de hardcore, pero tienen guitarras muy potentes, una puesta en escena muy cuidada y algunos instrumentos que no conozco.

Apagan las luces y no se ve nada. A mi lado hay dos portugueses muy jóvenes, él y ella, veinteañeros largos, que no pararán de corear las canciones y de jalear al que es su grupo favorito –les oigo confesárselo el uno al otro–. Salen los músicos al escenario: la cantante utiliza un micrófono doble y hacen juegos de luces que parecen esos láseres de películas del espacio que en el espacio no se verían jamás. La única mujer del grupo se llama Manuela Azevedo y parece muy joven, pero llevan en activo desde 1992. La acompañan Hélder Gonçalves, Fernando Gonçalves, Miguel Ferreira, Pedro Biscaia y Pedro Rito. Todo un clã. Un clan.

Ya sé que no hay nada nuevo bajo el sol. Que posiblemente Clã suene a lo que suenan otros muchos grupos que no conozco, pero su música me parece muy original, pegadiza sin ser ramplona, sensual, afrancesada a ratos, intimista, divertida y rápida. Usan el jazz, el hip-hop o la música disco. De las baladas al reggae.

Cuidan la escenografía y el vestuario. Ella va de un marrón que luego reconozco lila porque el juego de luces engaña. Ellos son elegantes. Pero Manuela Azevedo, aunque lo parezca, no es la líder. Es el guitarra: Hélder Gonçalves, que se cansó del jazz y quiso probar otros sonidos. No asume la posición central pero su fuerza es tan grande que al final acabas por saberlo. Son elegantes: gafas de pasta, pelos locos, chaquetas, corbatas finísimas, camisas blancas: guitarra, bajo, programación, maracas, pandereta sin tambor, batería, teclados y hasta una careta de un tipo que no reconozco pero ante la que cloquean los portugueses que están a mi lado. Manuela Azevedo tiene una voz preciosa y me descubro pensando que son muy profesionales, que me gusta ver a jóvenes tan profesionales encima de un escenario y que no se parecen en nada a ninguno de los grupos españoles que conozco. Y que me gustan, me gustan mucho, por lo que agradezco a *Ágora Escena* que me haya dado la oportunidad de conocer a artistas nuevos, como decía Gonçalo M. Tavares *—si cuando acaba la semana no he conocido una nueva obra, una nueva canción, un autor nuevo que no haya leído nunca antes, es que algo ha ido mal durante ese tiempo—*. También me pregunto por qué vivimos tan de espaldas a las manifestaciones culturales de nuestros países de frontera: Portugal, Francia, ¡Andorra! No sé qué escuchan ni qué autores leen, porque es cierto que el mercado anglosajón lo acapara todo. Y nos perdemos.

“El mío castellano no es lo mejor, pero voy a intentar decir algo y que nos entendamos”, comienza Manuela Azevedo hasta que alguien del público, allá en el fondo, le grita “Fala português” y ella accede, despacio, despacito, con la misma voz hermosa con la que canta, para explicarnos que hay una poetisa de Oporto que se llama Regina Guimarães que escribió unos versos sobre esa pequeña muerte que es el orgasmo y que convirtieron en canción íntima para cantar en teatros y auditorios, aunque esta intimidad no se parezca en nada a uno de esos baladones lentos con los que hablan de sexo y amor todos los grupos del mundo.

Nos seguirá explicando, luego, que cantarán otra canción especial que habla de esos temas de tres minutos que se escuchan en la radio y que tienen el poder de hacer que las personas se enamoren unas de otras, o que se depriman, mientras las escuchan detenidamente. O una versión en inglés que es un homenaje a las luces de la discoteca y que es muy divertida y de pronto el

inglés y el portugués se me parecen y no me desentonan, ni uno ni otro, porque acabo de descubrir que todos los idiomas del mundo son musicales, por ásperos que nos parezcan y, por eso, tengo ganas de escuchar música en alemán y en neerlandés y en turco. Mientras pienso en todo esto, se van todos: sólo quedan él y ella: Hélder y Manuela, Gonçalves y Azevedo, para abordar una canción que habla de un tema que ha sido recurrente en este *Ágora Escena*: lo difícil que es expresar lo que sentimos y lo vergonzoso que nos parece. Y el daño que nos hace ese silencio.

El concierto es un todo. Clã tiene un estilo propio y reconocible que no hace que todas las canciones suenen igual. No sé cómo conjugar eso: sólo es una constatación. Luego me enteraré de que han jugado con todos los estilos. También sé que son generosos: nos regalan dos canciones y a mí se me ha pasado el tiempo en un suspiro.

Siempre será mejor un directo que un álbum de estudio pero ahora, cuando escucho sus discos, encuentro canciones que me hubiera gustado escucharles. Me imagino su cotidianeidad: los comienzos, esas 1500 copias vendidas de su primer disco –buenas críticas, malas ventas–, la lucha por colocar un tema en las radios comerciales, las horas de ensayo, creer que lo que hacen vale la pena, las grabaciones, las plazas de toros, los escenarios grandes, el público como masa formada por individuos que descubren lo que yo he descubierto esta noche: que son buenos, que son muy buenos, y que deberíamos tener todos la oportunidad de conocer qué música tan buena se hace aquí al lado y de qué forma podemos seguir la evolución de un grupo entusiasta que tiene esta peculiar manera de comunicarse con los otros.

En el escenario hay un barco grande que no es de papel, pero lo parece. Está lleno de aviones. Manuela Azevedo los lanza al público. Saltamos para cogerlos: alguno lo guardará como un tesoro. Baila. Se mueve, sinuosa. Es la despedida. Parece que nada y que ella es el lago.

## ANDAKIBEBÉ. TEATRO INFANTIL.

Siempre llego media hora antes. Andakibebé, teatro infantil en la Sala Trajano. Primera fila. Comen chucherías, pica-pica, piruletas, gominolas y no levantan diez palmos del suelo. Cuando me siento, una pequeña me mira:

“caca-culo-pedo-pis”, me dice y yo pienso que no hay nada nuevo bajo el sol. En el escenario, un piano de cola y muchas telas de colores. Encima del piano también hay cintas. Otro de los niños corretea y se lanza desde los escalones por los que bajarán los actores hacia el público más tarde. Los padres ni intentan controlarlos: saludan a sus amigos, cambian de asiento y uno muy pequeño, pelón todavía, mira las telas, las señala, se ríe. Nunca he visto un público tan escandaloso y tan entusiasta e intento recordar la primera vez que vi una obra de teatro para niños: quizá guiñoles, en un parque, en un pueblo.

Lo que vengo a ver, ya lo sé, es lo que el ser humano ha hecho a diario desde que puebla la Tierra. Contar historias. Algunas son más aburridas –los sinsabores laborales, explicar el tedio, la crónica de esos días en los que nunca pasa nada. Otras son apasionantes –un desamor, una traición, el comienzo de una relación cualquiera– y, las menos –una pena– son absolutamente maravillosas. Ésas nos las narran en los libros, en el cine, en las canciones, en el teatro. Todas nos construyen y acabo preguntándome qué medio de comunicación les será dado a algunos de estos pequeños que esperan, entre carreras y comiendo de un trago todas las golosinas del mundo, a que salgan los actores que les contarán un cuento.

Sigue sin haber nada nuevo bajo el sol: “que empiece ya, que el público se va” y sonrío porque me veo, con su edad, año arriba, año abajo, coreando exactamente lo mismo desde las sillas metálicas de un cine de verano. Shhh, ya salen y se hace el silencio. Proyectan imágenes en el fondo. Visten, por supuesto, de colores. A los niños les gustan los colores. Sólo cuando crecemos aprendemos que el negro es elegante. Ahí están. La gallina mamá, el gallo papá, saltando en dibujitos, el pollito bebé que se queda rezagado. Piden silencio, pero no hace falta. De hecho, hablan más los adultos que sus hijos. Y descubro que todas las telas de colores son una sola, que se rasgará después al hilo de la música y de las canciones y que será, más tarde, un manto que nos cubra, fila por fila, a todos, como en el Gusano Loco de la feria, bajo la oscuridad y entre alborozos. Hablan en portugués. Y en inglés. Nos van a contar cuáles son los sonidos del bosque. The sound of the forest. Los padres traducen: los niños preguntan. Descubriremos que los actores tienen unas voces espectaculares. Cantan. Cantan a ritmo de rap y luego rock y hay música clásica y también

hay ovejas y cacatúas y hacen que todos imitemos el sonido de una vaca, de una locomotora de vapor y de un tren grandísimo que van a formar los niños, tímidos primero, para recorrer, cuando entren en calor, todo el pasillo, los tres pasillos, a un lado y a otro de las filas de butacas, saltando y brincando. Ahora entiendo qué es eso de hacer partícipe al público. Y entiendo que hacer teatro es muy difícil y que debe de serlo mucho más hacer teatro infantil y que es casi un milagro que alguien que abandonó la infancia demasiado pronto añore de pronto la niñez y quiera ser niña y montar en tren y tome notas de la obra con una frase recurrente: *es muy divertido*. Y, cuando el tren llega al destino, que es exactamente el punto de partida, sólo hace falta pedir el billete a los niños, una palmada en la mano del revisor –los hay que muestran su fuerza, varones todos, y golpean con ganas– y contar hasta 20 para que vuelvan a su sitio y se queden quietos de nuevo. Lo sorprendente es que lo consiga.

He pasado un día en el bosque y en una granja. He visto mariposas y un lago. He buscado, con los niños, a todos los animales que se han perdido o que han jugado a esconderse. He aprendido a nombrar en portugués. He visto abejas y pollitos y flores y un césped verde y ahora se hace de noche y las estrellas se reflejan en las telas. Se despiden cantando. Como en los conciertos. Un bis después de otro, con Mozart en las teclas. Los niños no mienten, dicen siempre quienes se dedican al teatro infantil. Siempre sabes si se han aburrido o no. Los adultos suelen ser más educados y aplauden aunque vayan a olvidar la obra en la siguiente media hora. Dicen adiós y todos alzan las manos: “¿Ya se acaba?” pregunta una niña. Otra sale al escenario para saludar a los actores: es la misma niña que me ha dicho antes “caca-culo-pedo-pis”.

Ha sido un juego. Hacía mucho que no jugaba.

\*\*\*

Durante este tiempo, he intentado saber. Haber recorrido más –esos 1292 kilómetros de frontera casi inexplorados–; haber visto más lugares –casi no he salido del Alentejo, aunque cierre los ojos y pueda describir el Convento do Carmo al dedillo y rememorar la silueta del Castelo de São Jorge desde una plaza–; conocer los entresijos de lo que cuento; poder traducir un fado mien-

tras lo escucho; haber aprendido cómo se le sacan las notas a una guitarra portuguesa; qué nuevos instrumentos usan los grupos de rock; qué fusión de qué músicas podemos escuchar en tres minutos y cómo elige alguien hacer teatro para niños.

He ido a actividades a las que no hubiera asistido de no ser por el encargo de contarlo y me alegro del encargo porque eso significa que ahora, en mi casa, con una pluma y una libreta en blanco, puedo estar escuchando, de nuevo, ya en disco, la voz de Manuela Azevedo en un idioma que se ha vuelto mucho menos extraño. Planeo viajes a Portugal: a Oporto –tengo una botella de vino de allí esperando una ocasión propicia para el descorche–; a Aveiro; a Evora; a Lisboa siempre como una promesa. Vuelvo a acordarme de las ciudades compartidas con amigos: del entusiasmo de uno ante el cementerio de La Almada, de una charla calurosa en un local con zumos naturales, de la cotidianeidad de tener casa y un grupo de acogida y de ciertos ritos: una tapa de queso de la Serra da Estrela a las cinco de la mañana hora española de un lunes cualquiera; pasar con el coche por el puesto fronterizo de Valencia de Alcántara para comer sardinas asadas; los empachos de serradura a todas horas; intentar responder en portugués a los camareros y a los taxistas. Ahora intento traducir blogs en portugués con la ayuda de un diccionario y sigue pareciéndome triste que la mayoría de quienes vivimos en La Raya no sepamos hablar portugués, a pesar de la oportunidad maravillosa de practicar un idioma con nativos cuando apetezca. Así que leo muchas páginas y vuelvo a sacar de la estantería mi único libro de poemas en versión original sin traducción.

*Ágora Escena* ha tenido mucho más que música, debates, teatro y cine. Ha sido, sobre todo, una oportunidad de acercamiento. Sé –soy periodista– que los medios de comunicación lusos nos cuidan mucho más a los españoles: aquí se habla muy poco de Portugal. Hay muchas partes del mapa que no existen y muchos corresponsales que redactan noticias que luego no pasan el filtro de ninguna redacción. Circula, dicen, más información que nunca, pero vivimos de espaldas los unos a los otros.

Por eso he hablado mucho, estos días, de los prejuicios a uno y otro lado de esa frontera que ya no existe pero que sigue estando en las mentes de todos. Y me he preguntado por qué todos los territorios limítrofes son tan recelosos

con quienes viven diez kilómetros más allá. Los estereotipos nos permiten estar en el mundo, ya lo sé. Intentar sustraernos de ellos es una tarea titánica, pero recuerdo siempre las palabras de un amigo inglés de mi hermano mayor. Ha habitado en docenas de países diferentes, hasta que llegó a Extremadura y se enamoró de los paisajes llanos de La Serena –estoy harto de ver montañas y prados verdes: esto sí que es bonito–. Se lo dijo una noche, de pasada, hablando de Hong Kong: “He vivido en muchos lugares. Y en todas partes la gente es la misma. Lo que ocurre es que no sé a quién le interesa mucho potenciar las diferencias. Que no son tantas”. Si te pinchan, sangras; si te divierte, ríes; si te duele, lloras. Haces el amor, vives con tus padres, te independizas, comes cuando puedes –en unos lugares, mucho. En otros, no tanto–; sonríes abriendo la boca y todos, en cualquier parte del mundo, con los instrumentos de que dispongan, quieren trascender a través del arte. No somos tan distintos y ésta es una reflexión global, no me refiero a Portugal ahora aunque Portugal haya nacido como excusa. No somos tan distintos, pero nos pasamos la vida jugando al juego terrible y autosuficiente del *ellos* y *nosotros*.

Éste también ha sido, pincelado, uno de los temas de conversación recurrentes de este *Ágora Escena*. Porque *Ágora Escena*, al final, no han sido sólo actividades culturales que han llevado implícitas el encargo de contarlas. También ha tenido sus muchos momentos de encuentro y de compartir: una copa en la Tahona, una cena pausada con Gonçalo M. Tavares; tres rondas en el Jazz Bar, un montón de arquitectos portugueses a nuestro lado y cuatro personas quitándose la palabra de la boca y hablando, a ratos, en portugués y en español. Pequeñas charlas antes de una obra de teatro, antes de la proyección de una película, un concierto de fados compartido y muchas fotos.

*Ágora Escena* ha sido, sobre todo, la posibilidad de conocer otras historias. Y acaba como empezó: con palabras.

\*\*\*

Mientras escribo esto me entero, hoy, 25 de noviembre de 2008, de la muerte de Ángel Campos Pámpano. No voy a contar aquí quién es: se le conoce suficientemente en España y Portugal. Sólo sé que le hubiera gustado

leer esto, porque yo le gustaba. Tampoco voy a explicar ni la zozobra, ni la tristeza, ni el vacío, porque eso nunca se me ha dado bien del todo. Lo que sí quiero es que sirvan estas palabras, todas, como homenaje y como reconocimiento y como recuerdo. Y también como abrazo a los amigos. ❖